

La Fábula de las abejas de G. Mandeville ⁽¹⁾

Ya que tantos volúmenes se han escrito en estos últimos decenios, acerca del « Representante de la anarquía crítica de la mente contemporánea » (2) Federico Guillermo Nietzsche, y otros se escribirán todavía, hasta que, a semejanza de aquel gran espíritu enfermo que dijo haberse « sobrevivido a sí mismo » (*ich habe mich zweimal überlebt*), probando la inestabilidad y la incoherencia de su pensamiento filosófico, al cual en un día triste sobrevivió con solo el cuerpo, sea sofocada la rumorosa popularidad que como pensador y como estilista ha adquirido en los círculos literarios y artísticos, no por influjo de sucesivas novedades sino por la reacción del buen sentido; séame permitido recordar

(1) Del libro del autor: *Studi filosofici*. La versión castellana se debe a la exquisita cortesía de la muy distinguida alumna de esta Facultad, señorita Ibáñez.

(2) Así lo ha juzgado el gran crítico y estilista Giacomo Barzellotti en un artículo publicado en la *Nuova antologia* (año 35, cuaderno 692, pág. 598 y sig.), en el cual es, sobre todo, admirable por la *splendida bilis*, la vigorosa protesta que hace cumpliendo como crítico, como filósofo y como educador, una obra santa contra el *dilettantismo* filosófico, contra la filosofía menuda, hormigüecante de malentendidos y de equívocos, « pronta sólo a fomentar los instintos y las pasiones más bajas y utilitarias », contra todos aquellos aforismos, tintos en vivos colores que los hacen *más halagüeños*, y que él juzga maléficos de falsedad especiosa, « maléficos más que las flores de la vegetación lujuriente que en el estío produce la rica flora de un pantano »...

a otro escritor que, no obstante y aun perteneciendo a una época tan lejana y diversa de la nuestra, se acerca muchísimo, por la audacia de lo paradójico y la originalidad del aforismo, por la pintura de las costumbres y por las observaciones agudas, finas, profundas en torno a la vida social, no sólo al autor de *Also sprach Zarathustra* y de *Der Antichrist*, sino al mismo Ibsen y a Max Nordau.

Sólo es mi intento ocuparme aquí de la obra más importante de Mandeville, *The Fable of the Bee*, escrito algo extraño y curioso, en cuanto que, en forma alegórica y figurada, y en un poemita de cuatrocientos versos, hace una áspera crítica de la sociedad contemporánea, atacando vigorosamente el ideal ético endemoniástico y estético y la vida moral de la época.

I

Así como la escuela llamada de los *racionalistas* o *intelectualistas* ingleses se vió impulsada por la necesidad de buscar el fundamento de la vida moral en el elemento teórico, respondiendo plenamente a aquel período histórico en el cual el hombre era concebido esencialmente como un ser racional, casi desprovisto de todo elemento emotivo, y todo se quería reconstruir con la pura razón, y ésta debía, en realidad, romper todas las tradiciones en la Revolución francesa, que se puede y se debe considerar como la fórmula extrema y la expresión máxima del movimiento racionalista iniciado en Inglaterra por Juan Locke; así también la escuela de los *sentimentalistas* o *emocionistas* había sentido la necesidad de contraponer a aquella especie de *geometría* de la vida moral un nuevo modo de entender el origen y el elemento constitutivo de la moralidad humana, acentuando otro factor de la vida moral, ya tenido muy en cuenta por el mismo Locke; a saber: el sentimiento, la emoción.

Como se ve, claramente es idéntica la necesidad que respectivamente mueve a racionalistas y sentimentalistas: entrambas escue-

las buscan el fundamento de la vida moral, pero la una se detiene en el elemento racional, la otra considera el afectivo.

Es esto una prueba de lo que tantas veces se ha observado con relación a la índole nacional inglesa, la cual consiste en una necesidad de la realidad y de la experiencia y en un pensamiento refractario a toda construcción metafísica.

Se ha dicho que los filósofos ingleses se suceden escribiendo cada uno una página del libro de la filosofía de su país: el mismo Mandeville no hace excepción, puesto que la obra suya, si no puede ser considerada propiamente como una verdadera *página*, es, en todo caso, una nota, una glosa, un comentario tan importante como para representar un *anello di congiunzione*, entre las dos escuelas filosóficas opuestas, ciertamente apreciable.

Ahora bien, para entender cabalmente el valor de la enérgica reacción y de la oposición encarnizada que contra la escuela sentimentalista se concentran en los cuatrocientos versos de la *Fábula de las abejas*, es necesario trazar, recordando la teoría fundamental lo que podría llamarse el *fondo*, del cual se destaca la figura de Mandeville, la cual si no es de *primer plano*, como diría un pintor, tiene, sin embargo, una gran importancia, repito, en el gran cuadro histórico de la filosofía moral.

II

Es sabido que el más alto representante de la escuela sentimentalista fué A. A. Cooper, conde de Shaftesbury (1671-1713).

Mas el pensamiento de este sumo moralista recibió su primer impulso de un filósofo más antiguo, el obispo Cumberland (1632-1718), a quien, por lo tanto, según la fidedigna observación de Cantoni, « se puede considerar como precursor de los sentimentalistas ». En su libro *De Legibus Naturae disquisitione philosophica* (1), había distinguido, como Platón, dos tendencias primiti-

(1) De esta obra, que por primera vez fué editada en Londres, en 1672, existen varias traducciones inglesas y francesas. La primera traducción inglesa,

vas e irreductibles, la una buena o expansiva, la otra egoísta, y había hecho consistir la vida moral en la lucha de esta doble exigencia, una de cuyas inclinaciones tiende a conservar al individuo y la otra tiende a conservar la especie.

La vida social resulta del desarrollo del sentimiento de benevolencia, que impulsa a los hombres a beneficiarse y amarse mutuamente, con preferencia a la tendencia opuesta. El derecho es, por consiguiente, consecuencia de la moral.

Y es tan cierto — dice Cumberland — que la benevolencia produce buenos frutos, cuanto es cierto, en matemáticas, que la línea resulta de muchos puntos, y en aritmética, que la adición de números produce la suma; y, en física, determinados movimientos conservan ciertos cuerpos que de otro modo serían destruidos (1).

Los placeres individuales producen escasa satisfacción, pero ésta será muy grande si se toma con empeño la felicidad del prójimo (2).

Todos estos sentimientos son inspirados por Dios, que quiere la actuación entre los hombres de su reino de amor, del cual es cabeza (3).

que lleva por título *A Treatise of the Laws of Nature made English from the Latin by I. Maxwell*, apareció en 1727; a ésta siguió otra traducción, *With Introduction, notes and appendix by I. Towers*, en 1750. La primera traducción francesa es la de Barbeyrac, y fué impresa en 1744.

(1) « *Universalliter autem verum est, quod non certius fluxus puncti lineam producit, aut aditio numerorum summam, quam quod benevolentia effectum praestat bonum* » (Cumberland, *De leg. Naturae*, pág. 10). « *Pari sane rationes (como en las operaciones aritméticas) doctrinae moralis veritas fundatur immutabili cohaerentia inter felicitatem summam quam hominum vires assequi valent, et actus benevolentiae universalis* » (Cumberland, *op. cit.*, pág. 23). « *Eadem est mensura boni malique, quae mensura est veri falsique in propositionibus pronuntiantibus de efficacia motuum ad rerum aliarum conservationem, et corruptionem facientium* » (Cumberland, *op. cit.*, pág. 30).

(2) *Augusta admodum est circa nostra latummodo commoda, laetitiae materia; sed eadem erit amplissima, si aliorum omnium felicitas cordi nobis sit* » (Cumberland, *op. cit.*, pág. 214).

(3) ... « *fontem indicavimus, e quo demonstrari potest, justitiam universalem,*

También Shaftesbury (1) reconoce una doble forma de tendencias en el hombre (la egoísta y la benévola o expansiva), representando como dos ritmos diversos del ser operativo, igualmente radicados en la naturaleza y, por lo tanto, igualmente necesarios.

Y puesto que no debemos excedernos en el sentido egoísta porque ello conduciría a la destrucción de la especie, ni podemos excedernos en los sentimientos que hoy se llaman *altruistas*, porque esto conduciría al sacrificio de las más grandes razones de la libertad moral (« *nec poteest cujusquam jus seu libertas ab ulla lege oppugnari* », había dicho Cumberland) (2), el ideal moral consistirá en la armonía y equilibrio de ambas tendencias opuestas.

Pero un ideal así concebido lleva implícita la perfección estética y de aquí que sea necesaria la presencia de una especie de sen-

omnemque adeo virtutem moralem, quae in Rectore requiritur, in Deo prae caeteris refulgere, eadem plane methodo, qua homines ad eas excellentias obligari ostendimus » (Cumberland, *op. cit.*, pág. 347). Los pasajes citados y otros que por brevedad omito, nos muestran claramente en Cumberland las ideas fundamentales que serán desenvueltas con amplitud por Shaftesbury (pág. 227, *op. cit.*): « *Mens humana non potest, judicare, esse longe credibilis, quod eadem constantissima voluntas, a qua hominibus datum est esse, pariter mallet ipsos porro esse et valere, hoc est, conservari et felicitate frui, quam illo deturbari de statu, in quo ipsos collocavit...* » Y en la página 228, donde encontramos en embrión la concepción optimista del universo, propia de los sentimentalistas: *Dubitari non potest, quin Deus, qui ita naturalem rerum omnium ordinem constituit, ut talia sint actionum humanarum consequentia erga ipsos auctores, fecitque ut ordinaria haec consequentia ab ipsis praesciri possint, aut summa cum probabilitate expectari; voluerit haec ab iis considerari, antequam ad agendum se accingerent; atque eos his provisio velut argumentis in legum sanctione contentis determinari.* » Así en la página 285: « *Rector, seu causa prima rationalis, cujus voluntate res ita disponuntur, ut hominibus satis evidenter indicetur, actus quosdam illorum esse media necessaria ad finem ipsi necessarium; vult homines, ad hos actus obligare, vel hos actus imperat.* »

(1) *The Moralists, the philosophical Rhapsody*, y especialmente *Enquiry concern. Virt., in two discourses* (1699).

(2) *Op. cit.*, página 219. Y agrega que no es lícito prohibir las cosas *quae aliis eadem lege imperantur facienda* ».

tido estético que nos libre de exageraciones en uno u otro sentido. Así Shaftesbury, imbuido de amplia cultura clásica, renueva el endomonismo griego, que dos siglos más tarde y después de haber unido a su expresión metafísica y científica el optimismo leibniziano, llegara a adquirir notable desarrollo con Herbart.

Ahora bien, ¿cómo puede formarse esta armonía?

Es claro que debe existir una fuerza superior a las dos tendencias, o sea una serie de afectos reflejos (*affectio by reflected sense*), pero consecutivos, y tales que en su conjunto constituyan el *natural moral sense*, el cual, por consiguiente, no puede existir sino en el ser humano (1).

De aquí la doctrina de la virtud, la cual, no refiriéndose a los objetos sino a las acciones y a los sentimientos, que aprueba y desaprueba, es belleza, es armonía, es arte, y como tal, es reducible a leyes o a cánones y tiene en sí misma una especie de sensación inmanente, de la cual es en absoluto imposible prescindir.

He aquí por qué, como la experiencia lo demuestra, los actos egoístas, malévolos, las culpas tienen finalmente en sí una cierta inquietud, que es un castigo intrínseco, mientras el amor que se despliega en los afectos benévolos, lleva la alegría que es su verdadera permanente recompensa independiente de toda ulterior sanción.

La idea de Shaftesbury y el movimiento ideológico por él iniciado tuvieron dos continuadores: Francis Hutcheson, profesor de filosofía moral en Glasgow (1664-1741), y el obispo Joseph Butler (1692-1752).

Por mi parte, me limitaré a referirme brevemente a la parte de la doctrina de Butler que más interesa a este estudio; esto es, a su protesta pesimista contra la concepción endomonística de Shaftesbury, porque ella abre directamente el camino a la reacción crítica de Mandeville.

(1) *And Inquiry*, libro I, parte II, sección III; también *op. cit.*, parte III, sección III, donde habla de la « *Opposition made by other Affections to the Natural sense* ».

¿Cuál es, en realidad, el abstracto de la concepción supradicha, y más aun el de la de Hutcheson, que acentuando el carácter de pasividad la lleva a su extrema expresión?

Es un modo de concebir el universo, en el cual domina la unidad que reduce en sí la multiplicidad en una perfecta armonía.

Es un hecho invariable que, cuando muchos seres cooperan a un fin común, existe un centro a cuyo alrededor ellos actúan, un centro que es como el alma de su acción y su razón de ser.

Como en el organismo impera sobre los varios órganos el principio vital, así el universo es una confederación de entidades en mutuo acuerdo para producir una ley fundamental, por así decirlo, alrededor de un alma del mundo (tales la *armonía preestablecida* y la *monadología* de Leibniz).

Ahora bien, la virtud, cuya naturaleza como hemos visto, consiste en *a certain just disposition or proportionable affection of a rational creature towards the moral object of right and wrong* (1), tiene la misma armonía y proporción que el hombre tiene en el universo, implicando *some affection towards the good of the system of which a creature is a part* (2).

Y Hutcheson que concibe la vida moral de modo análogo a Shaftesbury, y completa, por así decir, la fórmula intuitiva *Beauty and Good are still the same* (3), no sólo admite que la benevolencia sea algo primitivo, irreductible, instintivo; no sólo hace consistir este *universal benevolent instinct* en *a determination of our nature to study the good of others* (4), designándolo como *the one general foundation of virtue*, pero deduce que cuando nos elevamos en la esfera de las afecciones tranquilas, somos transportados precisamente al *moral sense*, el cual siendo *a superior sense by which we perceive pleasure in immediately good actions and*

(1) SHAFTESBURY, *And Inquiry*, libro I, parte III, sección I.

(2) *Op. cit.*, libro I, parte II, sección I. También *op. cit.*, libro II, parte I, sección III.

(3) *The Moralists*, parte III, sección II.

(4) HUTCHESON, *And Inquiry concerning*, etc.

ore determined to love the agent (1) es por su naturaleza esencialmente *pasivo*, y se limita a una *natural determination to approve o disapprove*, sin que ningún cálculo de utilidad propia o ajena entre a alterar la naturaleza desinteresada que constituye su principal característica.

Es claro que esta norma *natural* del bien y del mal, esta especie de *tacto*, del cual no podemos ni debemos buscar el fundamento, porque es connatural en nosotros, mientras que de un lado cerraba el camino a la investigación por su carácter de original primitivo e irreductible, por el otro ofrecía, para decirlo con una pésima frase moderna, su flanco a la crítica, dejando sin solución algunas cuestiones importantísimas como aquéllas, especialmente, que surgían de la pretendida imposibilidad de estudiar la formación del sentido moral y establecer su génesis.

El austero y profundo moralista José Butler, tan conocido aun en nuestros días por su obra *Analogy of Religion* (Londres, 1736), que incluye su célebre *Dissertation upon Virtue*, se aleja de las consideraciones estéticas de la vida moral, repugnándole el carácter de *pasividad* de una vida que se limita a aprobar o desaprobado aquello que es conforme o se opone al gusto estético; necesarios son elementos de energía, dice él, puesto que existe *the resentment* (2) que es la especie de ofensa que se experimenta frente a una acción culpable, y que representa en la vida individual lo que en la vida social se llama justicia (Adam Smith la señalará como *the basis of punishment*) (3), una facultad típica de naturaleza « superior a todas las demás, y con autoridad soberana sobre el hombre; la fuerza, el poder directo, representando en suma, el gobierno absoluto del alma humana ».

Más, fuera de admitir la *actividad* en la conciencia moral. But-

(1) HUTCHESON, *op. cit.*, Introduction.

(2) Este sentimiento aparece por vez primera con Butler en el horizonte de la ética inglesa. BUTLER, *Upon the social Nature of Man, Sermon, I*, nota primera.

(3) A. SMITH, *The theory of Moral Sentiments*, epigrafe II, 2.

ler, aun moviéndose dentro de la endomonística de Shaftesbury, se destaca vivamente en la cuestión religiosa y protesta con vigor contra la pretendida armonía de la religión natural que los endomonistas habían tratado de contraponer al misterio de las religiones reveladas.

Admite si, en tesis general, con Shaftesbury, que la *religions conscience supposes moral or natural conscience* (1), y con Hutcheson bajo la gratitud o la benevolencia *is included all the rational Devotion or Religion towards a Deity apprehended as Good* (2); así concluye el XII de sus magistrales *Sermons upon Virtue* con las palabras *Morality and Religion, Virtue and Piety, will at last necessarily coincide*, pero anticipando en cierto modo la crítica que Wolther hará a Leibniz acerca de la concepción optimista del universo (3), y considerando que este no es por cierto el mejor de los mundos posibles, sino más bien una tragedia (*pocas son las semillas que fructifican en comparación de las que se pierden y el híbrido egoísmo triunfa frecuentemente sobre la virtud*), se debe deducir que si profundo es el misterio de la revelación cristiana, no lo es menos el del universo, y por consiguiente es cosa vana dirigirse sólo a la naturaleza.

La reflexión crítica de Butler contra el endomonismo, debía para resultar eficaz ser completada con un examen analítico de la vida social, que comprobando la insuficiencia de las varias leyes y la frivolidad de las costumbres de la época, revelase al desnudo

(1) SHAFTESBURY, *An Enquiry*, libro II, parte III, sección I.

(2) HUTCHESON, *An Enquiry*, sección III, § II.

(3) MANUEL KANT, destruyendo con su admirable *Crítica* toda la forma de dogmatismo, demuestra la imposibilidad de someter la razón a la fe y de reducir ésta a la forma puramente racional, como habían intentado el deísmo inglés, el *aufklärung* alemán del siglo XVIII y el espiritualismo ecléctico francés del siglo XIX. Esta tesis tan cara hasta al mismo Fichte, ha resurgido en nuestros días con William James, que en su obra maestra *The Will to Believe*, demuestra que la fe es fruto de deliberada volición, y precede más del carácter que del intelecto.

las contradicciones del ideal ético proclamado por Shaftesbury y por Hutcheson.

Esto hizo Mandeville con su *Fábula de las abejas*, que publicada en hoja suelta tuvo, como veremos, un colosal éxito popular (1).

III

« Vivía, en una amplia colmena, un numeroso enjambre de abejas cuya industria producía bienestar y felicidad.

« Parecía aquella colmena un perfecto seminario de ciencia y de industria, bajo un gobierno jamás excedido por otro en sabiduría.

« Con todo, no existieron jamás abejas más inconstantes y menos satisfechas.

« No eran ni infelices esclavas de una dura tiranía ni víctimas expuestas a los crueles desórdenes de la feroz democracia.

« Su rey no podía errar, pues su poder se hallaba limitado por sabias leyes.

« Estas abejas, imitando cuanto se hace en la ciudad, en el ejército, en los tribunales, vivían exactamente como los hombres, de los cuales imitaban, si bien en pequeño, todas las acciones.

* « Las maravillosas labores realizadas con la incomparable destreza de sus pequeños miembros, escapaban a la débil vista de los hombres; no hay entre nosotros máquinas, oficios, talleres, navíos, ciudadelas, armas, ciencia ni industria, en una palabra no hay cosa alguna, de la cual estos laboriosos animales no sacaran ventaja.

« Como su lenguaje no nos es conocido, no podemos hablar de lo que a ellas se refiere, si no es adaptando para ello expresiones nuestras.

« Se cree generalmente que estos animales, tan inteligentes sin

(1) Mi versión italiana de esta fábula apareció en la *Revista de filosofía* dirigida por Marihesini en el año 1904.

embargo, no conocieron el uso de los dados; pero, puesto que tenían rey y por consiguiente guardias, se puede asegurar que muy probablemente conocieron alguna especie de juego. ¿Existen por ventura oficiales o soldados que se abstengan de esta clase de diversión?

« En aquella próspera colmena vivía una prodigiosa cantidad de habitantes y su gran número contribuía a la común ventaja.

« Millones de abejas se ocupaban en satisfacer la vanidad y la ambición de otras, prontas únicamente a consumir la ganancia de las primeras.

« Y la avidez de estas abejas parásitas no tenía límites a pesar del gran número de obreras que trabajaban para ellas.

« El trabajo con ser tanto, apenas fructificaba lo bastante para proveer al lujo de la mitad de la nación.

Tales entre ellas, con poco trabajo y escasos recursos ganaban mucho: otras condenadas a la guadaña y al azadón, escasamente conseguían sustentar la vida, con el sudor de la frente y gran desgaste de sus fuerzas.

« Otras se entregaban a misteriosos empleos que no requerían fatiga, capital ni cuidado. Tales eran los caballeros de industria, los parásitos, cortesanos de amor, corredores, tramposos, monederos falsos, empíricos, sacerdotes, y en general, todos los que aguzando el ingenio sabían con astutos engaños sacar partido del trabajo de sus semejantes, que incapaces de engañar tenían gran confianza en la honradez de los otros. A éstos se llamaban pícaros; pero los que ejercitaban alguna industria más respetable, si bien en el fondo fuesen a corta diferencia lo mismo, recibían un nombre más honorable.

« Todos los oficios, profesiones, cargos y empleos tenían un género de *picardía* especial, que con la fineza del arte, rendía fuerte ganancia.

« Como si no hubiera sido posible distinguir lo legítimo de lo ilegítimo, sin instruir para ello un proceso, había jurisconsultos encargados de suscitar y fomentar los litigios. En esto consistía el verdadero fin de sus operaciones.

« Las leyes proveían medios de fácil avenimiento entre las partes : sólo ellos ávidos de ganancia, se esforzaban por impedir que se arreglaran los pleitos, aumentando o creando obstáculos para todo posible acuerdo.

« Para defender una causa perversa examinaban las leyes con la misma atención y propósitos que emplean los ladrones para examinar los almacenes y cajas fuertes; esto es, buscaban únicamente el medio de descubrir las partes débiles de cuyo empleo podían prometerse algún doloso apoyo.

« Los médicos preferían la reputación a la ciencia; la riqueza a la curación de sus enfermos.

« La mayor parte de ellos, en vez de dedicarse al arte estudiaban el modo de adoptar un aspecto imponente; mirada grave, aire pensativo; he aquí lo que les servía para ganar una buena reputación y la estima de los doctos.

« Despreocupados acerca de la salud de los enfermos, se dedicaban totalmente a conquistar el favor y los elogios de las enfermeras, de los curas y de todos aquellos que lucraban con nacimientos y funerales.

« Los comerciantes y sus familias eran servidos con la mayor atención. Sonrisas afectadas, miradas graciosas, en fin, ponían todo su estudio para cautivar los ánimos ya prevenidos.

« Solamente con los soldados no se manifestaban dispuestos a tolerar sus impertinencias.

« Entre el gran número de sacerdotes de Júpiter, subvencionados para atraer sobre la colmena las bendiciones del cielo, los había que amaban la elocuencia y el saber, pero la mayor parte eran tan fanáticos como ignorantes.

« Su pereza, su inconstancia, su complicidad y su vanidad eran evidentes, a pesar de los esfuerzos que hacían para disfrazar a los ojos del público tales defectos.

« Alguno de faz pálida y hábitos andrajosos rogaba fervorosamente para conseguir pan; esperaba recibir una mayor recompensa, pero al fin no obtenía sino pan.

« Y cuando moría de hambre, los holgazanes que oficiaban sobre

sus despojos, eran gordos y panzudos y se leía sobre sus rostros el bienestar, signo claro de la abundancia de que gozaban.

« Los soldados eran cargados de honores cuando tenían la suerte de escapar a la espada victoriosa del enemigo, si bien entre ellos había muchos cobardes a quienes la guerra no era nada grata.

« Si algún viejo general ponía en derrota al enemigo, se encontraba siempre alguno que sobornándolo, facilitaba su retirada. Había sin embargo guerreros que afrontaban el peligro; corriendo al sitio donde era más peligrosa la refriega.

« A veces perdían una pierna o un brazo, y por tales desgracias eran declarados inaptos para el servicio, con lo cual su paga quedaba reducida a la mitad; mientras que otros más prudentes, que jamás habían ido a combatir, recibían paga entera porque podían prestar servicio.

« Sus reyes eran pésimamente servidos, pues los traicionaban sus propios ministros.

« Habían ciertamente algunos que no omitían diligencia que pudiera resultar ventajosa a la Corona; pero al mismo tiempo se apropiaban impunemente el tesoro que se esforzaban en acumular.

« Hacían ingentes gastos y se vanagloriaban de ser modestos.

« ¿ Daban demasiada extensión a sus derechos ?

« Y bien, decían, ¡ este es el caso !

« Y por temor de que se comprendiese su jerga, se servían del término *emolumentos*, sin hablar naturalmente de sus ganancias.

« No había abeja que no se mostrara satisfecha, no digo de cuanto en realidad ganaban estos ministros, sino solamente de aquellas ganancias que parecían las únicas posibles.

« Ellos se parecían a nuestros jugadores, que cuando ganan sumas considerables, jamás dicen en presencia de los perdidosos cuánto han ganado.

« ¿ Quién podría enumerar todos los fraudes que se cometían en aquella colmena ?

« El que compraba estiércol para abonar la tierra encontraba muchas piedras y otras cosas inútiles. Había simples que no serían

capaces de lamentarse si hubieran encontrado una mitad de sal en la manteca.

« La misma justicia, algunas veces invocada para defenderse, no era insensible al atractivo del oro. Corrompida con regalos, hacía con frecuencia vacilar la balanza que tenía en la mano izquierda.

« Imparcial en apariencia, cuando se trataba de infligir penas corporales o de castigar homicidios u otros grandes delitos, condenaba al suplicio a aquellos que reincidían después de haber sido puestos en berlina.

« Se creía comúnmente que la espada de la justicia no caía sino sobre las abejas pobres y sin recursos: y esta diosa hacía atar al poste fatal a aquellos que, obligados por la dura necesidad, habían cometido delitos que no merecían tal pena.

« Con esta injusta severidad se trataba de conseguir la seguridad de los grandes y los ricos.

« Todo el orden social estaba lleno de vicios, pero la nación gozaba una feliz prosperidad.

« Adulada en tiempo de paz, era temida en tiempo de guerra.

« Respetada por los extranjeros, ejercía gran influencia sobre las demás colmenas.

« Todos los miembros de aquella sociedad rivalizaban por sacrificar su vida y bienes en pro de la grandeza de la patria.

« Tal era el estado floreciente de este pueblo.

« Los vicios en el orden privado contribuían a la pública felicidad.

« Por tales razones la virtud, instruída por astutos políticos, había adquirido mucha habilidad y se había hecho muy amiga del vicio, de modo tal que aun los más malvados hacían siempre algo en beneficio del bien común.

« La armonía en un concierto está determinada por una combinación de sonidos indeterminados.

« Así los miembros de la sociedad, siguiendo caminos absolutamente diversos, se ayudaban a su pesar recíprocamente. La templanza y la sobriedad de los unos compensaban la lujuria y la glotonería de los otros.

« La avaricia, funesta raíz de todos los males, vicio inhumano y diabólico, era esclava de la noble prodigalidad.

« El lujo fastuoso existía entre miserias.

« La vanidad, esta pasión tan detestable, causaba un número aun mayor de víctimas.

« La misma envidia y el amor propio, ministros de la industria, hacían florecer las artes y la mutua competencia.

« El dispendio en la variedad de los consumos, la suntuosidad en los equipajes, a pesar de su ridiculez, constituían la mejor parte de toda aspiración ciudadana.

« Este pueblo siempre inconstante, cambiaba las leyes como las modas.

« Los reglamentos, sabiamente establecidos, eran cambiados para ser muy pronto substituídos con otros del todo opuestos a los primeros.

« Con todo, alterando así sus antiguas leyes y corrigiéndolas, se evitaban muchos errores que la prudencia no habría podido prever.

« De tal manera el vicio daba origen a la astucia, y la astucia se unía a la industria, de modo que la colmena abundaba en todas las comodidades de la vida.

« Los placeres reales, las dulzuras de la vida, la remuneración y el descanso habían llegado a ser bienes tan comunes que hasta los mismos pobres gozaban de ellos.

« Nada podría agregarse a la felicidad de esta comunidad.

« Pero, por desgracia, no era aquella sino la vana felicidad de los pobres mortales.

« Apenas estas abejas habían llegado a gustar la felicidad, se acordaron de que por encima de su poder existían dioses capaces de llevar a la perfección la existencia terrestre.

« El enjambre de las abejas había con frecuencia declarado estar contento del gobierno y de los ministros; pero al más pequeño cambio del estado de cosas alteró su opinión.

« Como si se tratase de un grave daño, maldijeron la política, los ejércitos y la escuadra, y acumulando sus quejas, de-

cían : malditas sean todas las picardías que reinan entre nosotros.

« Entre tanto las toleraban todos...

« Una abeja que había acumulado inmensas riquezas, engañando al rey y a los súbditos, osó gritar con todas sus fuerzas : « No puede faltar castigo para tanta injusticia. »

« ¿Quién era este juez tan severo ?

« Era un guantero que había vendido siempre y continuaba vendiendo pieles de carnero por pieles de gamuza.

« Nunca hacía éste cosa alguna que no contribuyera a aumentar su patrimonio. Y entre tanto, como tantos otros bribones, gritaba de continuo :

« ¡Buen Dios, acuérdate de la probidad! »

« Mercurio no pudo contener la risa, oyendo una plegaria tan desvergonzada.

« Los otros dioses decían que era inútil reprochar a estas abejas defectos que en gran parte dependían de sus propias pasiones.

« Pero Júpiter, indignado, juró al fin libertar a los descontentos de los fraudes que lamentaban.

Y dijo : « Impóngase desde este momento la honradez a todos los corazones, abra los ojos de todos y póngase en evidencia los pecados que cometen. »

« Los culpables venían, de este modo, a ser desenmascarados por medio de sus propias palabras, y sobre todo por el rubor que sobre su frente indicaba la enormidad de sus culpas.

« Así los muchachos que querían esconder sus faltas, eran traicionados por su rubor, y de aquí que temieran la pública mirada.

« Pero, ¡qué consternación, buen Dios! ¡Qué cambio repentino! En menos de una hora disminuyó en todos lados el precio de los viveres. Todos, desde el ministro de estado al campesino, se arrancaron la máscara de hipocresía que los cubría. Los que eran muy conocidos en el pasado, después del arrepentimiento, se volvieron extraños. El tribunal quedó despoblado.

« Los deudores confesaron espontáneamente sus deudas, aun aquellas que sus acreedores habían olvidado.

« Los que no estaban en condiciones de pagarlas, cedían voluntariamente todos sus bienes.

« Toda dificultad era eliminada ; el que no tenía razón permanecía humildemente en silencio. No había más procesos donde interviniesen la mala fe y la molestia.

« Ninguno podía en adelante aumentar sus riquezas.

« La virtud y la honradez reinaban en la colmena.

« Y los abogados ¿qué hacían? Como todos aquellos que antes del cambio no habían tenido la fortuna de ganar un centavo, vacilaban desesperados sobre la escribanía, o abandonaban su profesión.

« La Justicia, que hasta ahora se había ocupado del arresto de tantas personas, había restituido su libertad a la mayor parte de los que tenía alojados en la cárcel. Pero desde que los bribones habían sido eliminados, la diosa que se había vuelto inútil como reina, se vió obligada a retirarse, como todo su séquito.

« De vez en cuando aparecía algún cerrajero cargado de cerrojos, de ganzúas, de cadenas y de puertas con barras de hierro.

« Después venían los carceleros, los guardianes de la cárcel y sus subordinados,

« La diosa aparecía finalmente, precedida de su fiel ministro el verdugo, el gran ejecutor de sus órdenes severas.

« Este no iba armado de espada ; llevaba el hacha y la cuerda.

« La Justicia, con los ojos vendados, sentada sobre una nube, se lanzó a los aires acompañada de este cortejo. Alrededor y detrás del carro iban los oficiales, los ujieres, los domésticos, todos los demás dependientes, que obtenían su alimento de las lágrimas de los desventurados.

« La colmena tenía médicos como antes.

« Pero la medicina, este arte saludable, no era confiada sino a personas hábiles.

« Los médicos diseminados en toda la colmena no tenían necesidad ni aun de coche. Sus vanas disputas habían terminado.

« El cuidado de librar prestamente de sus dolencias a los enfermos era su única preocupación.

«Llenos de miramientos por las mercancías que venían de países extranjeros, se cuidaban también de los productos del país.

«Persuadidos de que los dioses no mandaban ninguna enfermedad a la nación sin proveer eficaces remedios, se ocupaban de descubrir las propiedades de las plantas que crecían cerca de ellos.

«Los ricos eclesiásticos, reaccionando de su pereza, no hacían más sostener su iglesia por las abejas que vivían al día, sino trabajaban ellos mismos. La probidad de que estaban animados los incitaba a rogar y a ofrecer sacrificios.

«Los que no se sentían capaces de llenar estos deberes, o que creían se pudiera hacer a menos, renunciaban muy pronto a sus empleos.

«No había empleo para tantas personas: sin embargo había trabajo para todos. El número de ociosos disminuía considerablemente.

«Todos estaban modestamente sometidos al gran sacerdote, quien se ocupaba únicamente de los asuntos religiosos, abandonando a los demás los negocios del estado.

«Su jefe convertido en caritativo, no tenía la crueldad de arrojar a los pobres hambrientos; no se oía más decir de él que rehusase cosa alguna al necesitado; por el contrario, el hambriento encontraba en seguida en aquella casa, pan, trabajo y lecho.

«No era menos notable la transformación ocurrida en los ministros y oficiales subalternos.

«Económicos y moderados, recibían un estipendio apenas suficiente para poder vivir. Si una pobre abeja hubiese tenido que ir diez veces a pedir el justo pago de una pequeña suma y un empleado la hubiese obligado a ofrecerle una gratificación en pena de no recibir el pago que le era debido, inmediatamente se hubiera hecho un caso grave de tan manifiesta bribonada.

«Bastaba con una persona para desempeñar cargos que antes de la feliz transformación eran ocupados por tres.

«Ya no era necesario que tuviesen colegas, aquellos a quienes estaba confiado el despacho de los asuntos.

« Los magistrados no se dejaban ya corromper, ni trataban de facilitar los hurtos de los otros.

« Bastaba ahora uno solo para mil trabajos que antes requerían mayor número de empleados.

« No se hacía ya ostentación de gastos de lujo. Las libreas habían ido a parar a las ropavejerías. Los que poseían espléndidos coches los revendían a poco precio.

« La nobleza se privaba de sus soberbios caballos y aun de las residencias campestres, para pagar las deudas.

« Se evitaba los gastos inútiles con el mismo celo que se huía fraude.

« No se hablaba más de ejércitos.

« Despreciando la adulación de los extranjeros y la frívola gloria que se adquiere con la guerra, no se combatía sino por la patria contra aquellos que atacaban la libertad y los derechos.

« Pensemos ahora en lo que se convierte la colmena gloriosa.

« El acuerdo y la confianza reinaron en el comercio y desaparecieron las tinieblas en que se envolvía la mayor parte de los negocios.

« Todo fué sincero, claro como la luz del sol. Pero muy pronto cambiaron las cosas.

« Los que gastaban más de lo necesario y todos los que vivían en el lujo, fueron obligados al ahorro. En vano trataron de procurarse riquezas con otros medios: no ganaron sino lo necesario. El precio de las propiedades y de los edificios no era ya el de antes.

« Fueron abandonados los grandiosos palacios de muros semejante a los de Tebas.

« Los grandes que hubieran antes preferido la muerte más bien que privarse de los blasones esculpidos bajo sus balcones, se burlaban ahora de estas vanas inscripciones.

« La arquitectura, este arte maravilloso, fué totalmente abandonado.

« Los artesanos no encontraban ya trabajo.

« Los pintores no podían ya conquistar la gloria con sus pinceles.

« No hubo ya en la colmena ni escultores, ni cinceladores, ni estatuarios. Las pocas abejas que siguieron en estas ocupaciones vivían con bastante modestia.

« Antes no se sabía cómo gastar el dinero : ahora por el contrario, había que pensar el modo de poder sustentar la vida.

« No se veía más la sucia tabernera ganar tanto como para hallarse en condición de vestir de sedas.

« Restringidos los gastos, todo el año se usó los mismos vestidos ; cesó el siglo ligero y galante ; no fueron ya seguidas las modas con dispendiosa inconstancia y todos los obreros en ricos tejidos de seda y plata, por fatal consecuencia, abandonaron su arte.

« Una paz profunda reinó en la colmena y a esta paz siguió la abundancia.

« Las fábricas no produjeron sino géneros simples y fuertes.

« La naturaleza bienhechora no violentada en lo sucesivo por el infatigable jardinero, dió espontáneamente sus frutos en tiempo y sazón, pero no produjo ya frutos raros o precoces.

« A medida que la vanidad y el lujo se desvanecían, los antiguos habitantes abandonaron sus mansiones.

« Reinó por todas partes la simplicidad y la moderación.

« Todas las artes y todos los oficios fueron abandonados. No se buscó más el placer, no se ambicionó más cosa alguna.

« Y así la colmena, casi desierta, no pudo defenderse de los ataques de sus enemigos cien veces más numerosos.

« Aquellas pocas abejas se defendieron heroicamente, con la resolución de vencer o morir. No había ley que las obligara a combatir, pero cada combatiente defendía la común libertad.

« Su valor y su constancia los condujeron finalmente a la victoria, pero el triunfo les costó muy caro.

« Las abejas más valerosas fueron muertas sobre el campo de batalla : las demás, que se entregaron al trabajo, creyeron que la ganancia y el descanso debieran mirarse como un vicio capaz de

producir la intemperancia, y por esto y para evitar una recaída, volaron todas sobre la copa de un árbol, donde de la antigua felicidad no les quedó sino el placer de la honradez.

« MORALEJA

« Abandonad, pues, vuestros lamentos, infelices mortales.

« En vano buscáis la probidad en la grandeza de una nación.

« Son locos los que pretenden gozar de los placeres y ventajas de la vida, ser renombrado en la guerra, vivir entre satisfacciones, y ser al mismo tiempo virtuosos.

« Es necesario que el fraude, el lujo y la vanidad no decaigan, para poder gustar dulces frutos.

« El hambre es, sin duda, un terrible mal.

« Pero así como sin ella no se puede hacer una buena digestión, de ella depende nuestra nutrición y nuestra prosperidad.

« ¿No debemos por ventura el vino, que es un excelente licor, a una planta cuya raíz es seca y deforme?

« Si sus ramajes son dejados en la planta, se amontonan los unos sobre los otros, y quedan improductivos.

« Pero si oportunamente son podados, pronto se hacen fecundos y producen excelentes frutos.

« He aquí de qué modo se halla la utilidad en el vicio.

« Este es tan necesario en su estado floreciente, como el hambre es necesaria para obligarnos a comer.

« Es imposible que la virtud por sí sola pueda hacer a una nación célebre y gloriosa.

« Para volver a la felicidad del *siglo de oro* se necesita absolutamente, además de la honradez, volver a la bellota que servía de alimento a nuestros abuelos. »

IV

Las ideas expresadas en este poemita han tenido las más extrañas y opuestas aplicaciones.

Los contemporáneos acusaron al poeta de destruir los *principios de la moral* y de *arruinar los principios de la religión* (1).

Vióse Mandeville en la necesidad de defenderse y agregó a la fábula un largo comentario que publicó, por vez primera en 1714, y en el que decía que las leyes y el gobierno, son de gran importancia para la sociedad civil.

Con su fábula se propone simplemente demostrar que es *absurdo* y extravagante intento el de aquellos que, deseosos de procurarse todas las ventajas que pueden derivar de la pública felicidad, no dejan de murmurar y de combatir los vicios que siempre han existido en los estados más poderosos. La multitud de las abejas operarias, esto es, de los trabajadores, trabaja para pocos que provistos de medios, no viven sino para gozar.

(1) En una denuncia dirigida al *King's Bench* (uno de los principales tribunales de justicia que se reunía cuatro veces al año en la gran sala del palacio de Westminster) se lee que Mandeville :

1º Blasfema abiertamente y niega la doctrina de la santísima y adorada Trinidad y trata de resucitar el arianismo; 2º sostiene que existe un destino irrevocable, negando a la Providencia y el gobierno que el Omnipotente ejerce sobre este Universo; 3º trata de trastornar todo orden y toda la disciplina de la Iglesia, y con bajas e injustas insinuaciones contra el clero lo induce al libertinaje; 4º para establecer el libertinaje, se atreve a desacreditar la Universidad y censurar maliciosa y calumniosamente las instrucciones que se dan a la juventud dentro de los principios de la religión católica; 5º recomienda el lujo, la avaricia, la vanidad y todos los vicios de igual especie, mostrando que ellos no son contrarios al gobierno, sino necesarios a la pública prosperidad.

Por la crítica que contiene acerca de las paradojas de Mandeville, es digna de nota la obra de William Law. *Remarks on the Fable of the Bees*, Londres, 1724. De este bellissimo trabajo existen dos ediciones relativamente recientes: una de 1844 (Cambridge) con prólogo de Maurice; la otra de 1889 (Londres), formando parte de los *Essays towards a critical Method* de I. M. Robertson.

Análoga crítica, tendiente a demostrar lo insostenible de la tesis de Mandeville, se encuentra en las dos obras de T. Bruett. *An Enquiry whether a general practice of virtue tends... to the benefit or disadvantage of a people* (Londres, 1725) y *The true meaning of the Fable of the Bees* (1726). También en *An Enquiry into the original of Moral Virtue* de Campbell (1728), en *Vices and Luxu-*

Esta dualidad es para Mandeville cosa necesaria, contraste inmanente y condición del bienestar total de la sociedad, puesto que « sin la plaga tremenda del hambre no habría lugar para la nutrición y la digestión de los otros ».

Sin las pasiones que agitan al hombre, sin la envidia, los celos, la ambición, sin *flattery*, que *provides an imaginary recompense for sacrificing and controlling appetites* y que *represents honour and shame as greatest good and evil*, no existiría vida, riqueza, industria, comercio, nada (1). Por tanto, mal se colocan aquellos socia-

ry, or Remarks on... the «Fable etc.» de Juan Dennis (Londres, 1724), en *A general treatise of Morality formed upon the principles of Natural Reason only* de Ricardo Fiddes (Londres, 1824), y en *A short examination of a book entitled «The Fable of the Bees»*, por Juan Thorold (1726).

Críticas parciales se encuentran en la obra de Hutcheson *An Enquiry concerning moral Good and Evil*, sección I, § VI y sección II, § IX, en la de A. Smith *The theory of Moral Sentiments*, parte VII, sección III, capítulo I, y en la de Jeremias Bentham *The principles of Morals*, capítulo X, XIII.

En 1740 tuvo mucho éxito la traducción francesa de Bertrand.

Entre las obras más recientes cabe citar: PAUL SAKMANN, *Bernard de Mandeville und die Bienenfabel — Controverse, Eine Episode in der Geschichte der englischen Aufklärung* (Freiburg i. B. 1897). En 1924 apareció una nueva edición crítica por KAYE (BERNARD MANDEVILLE, *The Fable of the Bees: or Private Vices, Publick Benefits, with a Commentary Critical, Historical, and Explanatory* by F. B. Kaye. — Oxford, at the Clarendon Press, 1924, 8º, 2 vol. en pp. CMLVI — 412, 481). A propósito de esta última obra puede consultarse con provecho la nota crítica de B. Croce, en *La Critica*, año XXIII, fascículo V, 20 de septiembre de 1921. Croce cita como antecedentes a la obra de Mandeville el *Encomion moriae* (Elogio de la locura) de Erasmo, y la *Saggia Pazzia* del italiano Antonio Maria Spelta (Pavia, 1607).

Un buen argumento de Croce (confirmado por Kaye, ob. cit.) para demostrar la influencia de Erasmo sobre el pensamiento de Mandeville nos parece, entre otros, a más de la identidad estructural y de fines de las dos obras, esto, de que el autor de *The Fable* nació en Rotterdam y fué educado en el Colegio erasmiano.

(1) Creo inútil exponer los complementos y comentarios que Mandeville agrega a las ediciones de 1714, 1723, 1728 y 1732. (La primera edición de la

listas que hacen gran caso de esta fábula, porque es manifiesto que ella quiere ser la legitimación en cierto modo del vicio en sus efectos sociales.

La moral no puede ser aplicada a la vida política, porque ciertos vicios privados, como la envidia y la prodigalidad, dan resultados útiles.

Y si es verdad que los legisladores, con largas teorías, han per-

fábula apareció en 1705 y llevaba por título *The grumbling Hive, or bees turned honest* (Brit. Mus., 1621, h. I). La segunda edición (1714) contiene: *Several Discourses to demonstrate that human frailties... may be turned to the advantage of the civil society*. La tercera edición (1723) contiene además *An Essay on Charity and Charity Schools, and A search into the Nature of Society, etc.* A la cuarta edición (1728) se agrega la *vindication*, etc., contra la denuncia a *King's Bench*, y en la quinta edición (1732) se incluye *A letter to Dion occasioned by his late book called « Alciphron »*.

Todos estos escritos no son otra cosa que aplicaciones de la idea fundamental de la primera composición.

No son, sin embargo, del todo originales. Aunque sólo lo cita una vez *Pensamientos diversos*, § CLXV, t. II), copia literalmente a Bayle en observación H y en otros puntos.

En *An Enquiry into the Origine of Moral Virtue*, por ejemplo, todo lo que dice de Alejandro el Grande está copiado del *Diccionario* de Bayle, bajo el título *Macedonia*. Es notable el opúsculo sobre las escuelas populares de caridad, en el cual tiende a demostrar cuán peligroso sería instruir a las masas, porque se les haría sentir necesidades que no podrían satisfacer y se les haría conscientes de su propio malestar. Como se ve, el pensamiento de Mandeville concuerda en este punto con el de Federico Nietzsche.

En *Enquiry into the Origine of Moral Virtue*, dice en substancia que mientras los animales feroces tienden a mantener entre sí la armonía, sin necesidad de gobierno, el hombre que es extremadamente egoísta debe estar sometido a las leyes para vencer sus apetitos. Para hacer al hombre sociable, el legislador sólo ha tenido que apoyarse en la necesidad del bien privado. Así, examinando la debilidad de la humana naturaleza, y observando que ninguno era salvaje a punto de no sentirse inclinado a experimentar placer por la alabanza, se dedujo que la *Flattery* (la lisonja, la adulación) debía ser el argumento más poderoso para obtener del hombre cuanto se quisiera.

suadido al hombre a considerar el ejercicio de la virtud como un bien para poder más fácilmente, y a su voluntad, sostener las riendas del gobierno : si es verdad que el *honor* y el *deshonor* obligan al hombre a respetar, mal de su grado, la virtud, a pesar de ser su condición, no obstante lo que en contrario se diga, egoísta por naturaleza, y con facilidad y perfección simule virtudes que no tiene (y aquellas que la sociedad llama virtud y bondad, no son en el fondo, sino acciones a las cuales se une el orgullo, la ambición de ser aprobados y aplaudidos), es sin embargo verdad que, de acuerdo con Mandeville, la condición indispensable del bienestar general de la sociedad es el sacrificio de muchos en provecho de pocos

« En todas partes (dice Mandeville) la sociedad estaba invadida de vicios y juntamente con ello era un paraíso : una sociedad adulada por las otras en la paz y temida en la guerra, apreciada por los extranjeros y en la cual entre el dolor y la injusticia, hallábase en el fiel la balanza de la vida. » Por consiguiente, a diferencia de lo que dicen los sociólogos, Mandeville llevando la teoría darwiniana de la lucha por la existencia a sus últimas consecuencias, como el mismo Nietzsche a quien puede considerarse heredero de la idea de Mandeville, tiende a demostrar, por un lado, que la moral no es directamente aplicable a la vida política y que el hombre *naturalmente* moral es un error ; por el otro, que si la verdadera moralidad llegara a ser una condición de la vida pública ésta se disolvería necesariamente.

Aun con relación al significado y a los intentos de esta extraña composición, la crítica es de pareceres contrapuestos.

Los unos dicen que Mandeville ha querido simplemente comprobar un hecho, como el autor de la novela del *Cántaro* y de los *Viajes de Gulliver*, esto es, que la cultura y el progreso civil se desarrollan y se forman en menoscabo de la moralidad.

Otros, como Lange, admiten que Mandeville haya querido legitimar la inmoralidad : otros aun, conformes con ciertas relaciones históricas, sostienen que Mandeville no es, como pretende Lange, la expresión « del cinismo, de la inmoralidad llevada a

su última expresión », sino que ha querido demostrar que la inmoralidad representa el producto inmediato de la civilización, como dice Juan Jacobo Rousseau en su *Contrato social*, y que el hombre es bueno en el estado de naturaleza.

Pero esta última interpretación choca directamente contra la explícita declaración de Mandeville, el cual como hemos dicho, trata de demostrar que el hombre es instintivamente egoísta y *headstrong*.

Yo creo que tienen plenamente razón los críticos que unen el concepto de Mandeville con las ideas morales de la época, y consideran así su obra como la crítica del endomonismo ético especialmente de la escuela de Shaftesbury.

El hecho es que en *A search into the Nature of Society* él dice explícitamente así: « Milord Shaftesbury, en su libro *Characteristics of Men, Manners, Opinions*, pretende que el hombre, siendo hecho para la sociedad, debe necesariamente haber nacido con una tierna afección para el todo de que forma parte; debe por su naturaleza ser impulsado a buscar el bien de la sociedad de que forma parte. Bajo este supuesto, este señor llama virtuosas las acciones que se encaminan al bien público, y da por el contrario el nombre de vicio a las acciones que tienden al beneficio particular de su autor y no procuran utilidad alguna a la sociedad de que es miembro. » Mandeville expone su deseo de convencer al lector de que « no sólo son buenas las acciones que hacen al hombre más sociable que los demás animales, sino que también sería absolutamente imposible hacer a una nación populosa, rica y floreciente, o conservarla en este estado de prosperidad si se eliminase [lo que se llama el mal sea *físico o moral* ».

Los hechos y la experiencia social demuestran la incompatibilidad de una civilización avanzada con aquello que comúnmente llamamos moralidad.

¿De qué sirve, pues, el sueño de una escuela endomonística, la cuál enseña que la virtud produce la felicidad, si las comodidades de la vida, que son uno de los objetivos de la civilización,

no marchan después de acuerdo con los severos principios de la moralidad?

En otros términos, en *forma negativa*, Mandeville se anticipa en cierto modo a Manuel Kant: si bien Mandeville no es capaz de construir un sistema independiente del concepto endomonístico, como ha hecho Kant, si bien él no dice que se deba seguir la virtud aun a expensas de la felicidad, y no responda afirmativamente, como Kant, ni en realidad responda en forma alguna a la pregunta de si la moral tiene un valor aunque se la contraponga a la felicidad, tiene el mérito incontestable, en la historia de la especulación ideológica inglesa, de haber dado origen a una teoría opuesta al endomonismo y de haber estimulado investigaciones más profundas; tiene el mérito, en fin, de haber puesto en evidencia estos conceptos: 1^o si la naturaleza hubiese querido demostrar que la felicidad es un fin absolutamente necesario al hombre, no hubiera podido escoger un camino peor que aquel que contrapone a los instintos egoístas el sentimiento moral; 2^o la experiencia social desmiente en forma decisiva la coherencia de la virtud con la felicidad.

En el escrito *A search into the Nature of Society* y en otros trabajos Mandeville declara expresamente que el hombre es un ser en alto grado antisocial y egoísta, y que en la sociedad se mantiene honrado para conquistar el aplauso. Esto confirma que debe considerarse a Mandeville como el más enérgico opositor del endomonismo del siglo XVIII, mientras que por la particular asociación de su nombre con la teoría de la virtud originada en un *artefice of politicians* tiene una íntima relación con la doctrina de Hobbes, en su forma más pura y genuina, y anticipa a Helvetius en hacer coincidir, con su apología de las pasiones, el progreso del bien individual con el del bien social, el interés particular con el general, el empleo práctico con el principio de lo útil (1).

(1) Escribe, en efecto, Helvetius (*De l'esprit*, disc. III, cap. 16): «Nada más peligroso que aquellos moralistas que recomiendan siempre la modera-

ción en los deseos y quieren sofocar las pasiones en todos los corazones; ellos no advierten que sus preceptos, útiles quizá en particulares circunstancias, serían la ruina de las naciones que los adoptaran. » Consúltense a este propósito, las sabias observaciones de Mondolfo, en su obra *Saggi per la Storia della morale utilitaria*, II. *Le teorie morali e politiche* di C. A. Helvetius, páginas 83-85, 96 y 117.

JUAN CHIABRA.